

Odiseo y el cíclope Polifemo (2^a parte)

»Llegó el Cíclope por la tarde conduciendo sus ganados e introdujo en la amplia cueva a sus gordos rebaños, a todos, y no dejó nada fuera del profundo establo. Después colocó la gran piedra que hacía de puerta, levantándola muy alta, y se sentó a ordeñar las ovejas y las cabras. Luego que hubo realizado sus trabajos agarró a dos compañeros a la vez y se los preparó como cena. Entonces me acerqué y le dije al Cíclope sosteniendo entre mis manos una copa de vino:

»"¡Aquí, Cíclope! Bebe vino después que has comido carne humana, para que veas qué bebida escondía nuestra nave. Te lo he traído por si te compadeces de mí y me envías a casa, pues estás enfurecido de forma ya intolerable.

»Así hablé, y él la tomó, bebió y gozó terriblemente bebiendo la dulce bebida. Y me pidió por segunda vez: "Dame más de buen grado y dime ahora ya tu nombre para que te ofrezca el don de hospitalidad con el que te vas a alegrar.

»Así habló, y yo le ofrecí de nuevo rojo vino. Tres veces se lo llevé y tres veces bebió sin medida. Después, cuando el rojo vino había invadido la mente del Cíclope, me dirigí a él con dulces palabras: "Cíclope, ¿me preguntas mi célebre nombre? Te lo voy a decir, más dame tú el don de hospitalidad como me has prometido. "Nadie" es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos mis compañeros."

»Así hablé, y él me contestó con corazón cruel: "A Nadie me lo comeré el último entre sus compañeros, y a los otros antes. Este será tu don de hospitalidad."

»Dijo, y reclinándose cayó boca arriba. Estaba tumbado con su robusto cuello inclinado a un lado, y de su garganta saltaba vino y trozos de carne humana.

»Entonces arrimé la estaca bajo el abundante fuego para que se calentara y comencé a animar con mi palabra a todos los compañeros, no fuera que alguien se me escapara por miedo. Y cuando en breve la estaca estaba a punto de arder en el fuego, y resplandecía terriblemente, me acerqué y la saqué del fuego, y mis compañeros me rodearon. Tomaron la aguda estaca y se la clavaron arriba en el ojo, y yo hacía fuerza desde arriba y le daba vueltas. Al arder la pupila, el soplo del fuego le quemó todos los párpados, y las cejas y las raíces crepitaban por el fuego. Y lanzó un gemido grande, horroroso, y la piedra retumbó en torno, y nosotros nos echamos a huir aterrorizados.

»Entonces se extrajo del ojo la estaca empapada en sangre y, enloquecido, la arrojó de sí con las manos. Y al punto se puso a llamar a grandes voces a los cíclopes que habitaban en derredor suyo, en cuevas por las ventiscosas cumbres. Al oír éstos sus gritos, venían cada uno de un sitio y se colocaron alrededor de su cueva y le preguntaron qué le afigía:

»"¿Qué cosa tan grande sufres, Polifemo, para gritar de esa manera en la noche inmortal y hacernos abandonar el sueño? ¿Es que alguno de los mortales se lleva tus rebaños contra tu voluntad o te está matando alguien con engaño o con sus fuerzas?"

»Y les contestó desde la cueva el poderoso Polifemo: "Amigos, Nadie me mata con engaño y no con sus propias fuerzas."

Y mi corazón rompió a reír: ¡cómo los había engañado mi nombre y mi inteligencia irreprochable! El Cíclope gemía y se retorcía de dolor, y palpando con las manos retiró la piedra de la entrada. Y se sentó a la puerta, las manos extendidas, por si pillaba a alguien saliendo afuera entre las ovejas. ¡Tan estúpido pensaba en su mente que era yo! Entonces me puse a deliberar cómo saldrían mejor las cosas. ¡si encontrara

el medio de liberar a mis compañeros y a mí mismo de la muerte..! Y me puse a entretejer toda clase de engaños y planes, ya que se trataba de mi propia vida. Y me pareció la mejor ésta decisión: los carneros estaban bien alimentados, y tenían una lana color espesa. Conque los até en silencio, juntándolos de tres en tres, con miembros bien trenzadas; el carnero del medio llevaba a un hombre, y los otros dos marchaban a cada lado, salvando a mis compañeros. Tres carneros llevaban a cada hombre. [...]

. Y cuando llegamos un poco lejos de la cueva y del corral, yo me desaté el primero de debajo del carnero y liberé a mis compañeros. Entonces hicimos volver rápidamente al ganado, abundante ganado, y lo condujimos hasta llegar a la nave.

»Nuestros compañeros dieron la bienvenida a los que habíamos escapado de la muerte, y a los otros los lloraron entre gemidos. Pero yo no permití que lloraran, haciéndoles señas negativas con mis cejas, antes bien, les di órdenes de embarcar al abundante ganado y de navegar el salino mar. Embarcaron enseguida y se sentaron sobre los bancos, y, sentados, batían el canoso mar con los remos.

»Conque cuando estaba tan lejos como para hacerme oír si gritaba, me dirigí al Cíclope con mordaces palabras: "Cíclope, con razón te tenían que salir al encuentro tus malvadas acciones, cruel, pues no tuviste miedo de comerte a tus huéspedes en tu propia casa. Por ello te han castigado Zeus y los demás dioses."

»Así hablé, y él se irritó más en su corazón. Arrancó la cresta de un gran monte, nos la arrojó y dio detrás de la nave, tan cerca que faltó poco para que alcanzara lo alto del timón. El mar se levantó por la caída de la piedra, y el oleaje arrastró la nave hacia el litoral y la impulsó hacia tierra. Entonces di órdenes a mis compañeros de que se lanzaran sobre los remos para escapar del peligro, haciéndoles señas con mi cabeza. Así que se inclinaron hacia adelante y remaban.

»Me dirigí de nuevo a él airado: "Cíclope, si alguno de los mortales hombres te pregunta por la vergonzosa ceguera de tu ojo, dile que lo ha dejado ciego Odiseo, el destructor de ciudades; el hijo de Laertes que tiene su casa en Itaca."

«Así hablé, y él dio un alarido y me contestó con su palabra: "¡Ay, ay, ya me había avisado el antiguo oráculo! Había aquí un adivino noble y grande. Éste me dijo que todo esto se cumpliría en el futuro, que me vería privado de la vista a manos de Odiseo. Pero siempre esperé que llegara aquí un hombre grande y bello, dotado de un gran vigor; sin embargo, uno que es pequeño, de poca valía y débil me ha cegado el ojo después de sujetarme con vino. Pero ven acá, Odiseo, para que te ofrezca los dones de hospitalidad.

»Así habló, y yo le contesté diciendo: "¡Ojalá pudiera privarte también de la vida y de la existencia y enviarte a la mansión de Hades!"

»Así dije, y luego hizo él una súplica a Poseidón soberano, tendiendo su mano hacia el cielo estrellado: "Escúchame tú, Poseidón. Si de verdad soy hijo tuyo —y tú te precias de ser mi padre—, concédeme que Odiseo, el destructor de ciudades, no llegue a casa, el hijo de Laertes que tiene su morada en Itaca. Pero si su destino es que vea a los suyos y llegue a su bien edificada morada y a su tierra patria, que regrese de mala manera: sin sus compañeros, en nave ajena, y que encuentre calamidades en casa."

»Así dijo suplicando. Por fin llegamos a la isla donde las demás naves nos aguardaban reunidas. Nuestros compañeros estaban sentados llorando alrededor, anhelando continuamente nuestro regreso. Sacamos de la nave los ganados del cíclope y los repartimos. Así proseguimos navegando desde allí, nuestro corazón acongojado, huyendo con gusto de la muerte, aunque habíamos perdido a nuestros compañeros.»